

18 de diciembre

Boomerang veloz, ¡vuelve hacia mí!
Yo soy delicada. Tú has estado ausente.
La pérdida me ha dolido algo, pero
debo doblegarme para ti. Observa mi arco. Estoy
excitada.
Mis ojos tienen el color del césped, mi pelo es moreno.

¡Besa mi sexo, señor Bind!
¿Sí? ¿Considerarías el lanzarte a ti mismo
sobre mí, riguroso pero de algún modo amable?
Estoy extendida como un papel en la estantería de la
cocina de tu cabina.
Así que dibújame un pecho. Me gusta que me subrayen.

¡Mira, patán! ¡Di que sí!
Dibújame como a un niño. Necesitaré
sólo dos ojos redondos y un pequeño beso.
Una pequeña o. Dos pendientes estarían bien.
Entonces prosigue
con el hombro. Puedes detenerte aquí.

Atrápame. Soy tu enfermedad.
Por favor ve lento por el torso
dibujando abalorios y bocas y árboles
y oes, un pequeño *graffiti* y un pequeño *hola*
ya que yo agarro, yo mordisqueo, yo levanto,
yo complazco.

Dibújame bien, dibújame cálida.
Dame tu muñeca huesuda y tu
extraño, señor Bind, extraño severo cuerno.
Cariño, dame con esto una hora de ondulaciones, pues
ésta es la música para la cual nací.

¡Estréchame! Estate alerta, mi acróbata,
y yo seré madera blanda y tú el clavo
y haremos hornos abrasadores para Jack Sprat
y tú te arrojarás a mi pequeña cárcel
y nos tomaremos juntos una cena y eso
será todo.

NOSOTROS

Yo estaba envuelta en piel
negra y blanca y
tú me deshiciste y entonces
me colocaste en luz dorada
y entonces me coronaste,
mientras la nieve caía
tras la puerta como dardos diagonales.
Mientras una nieve de diez pulgadas
caía como estrellas
en pequeños fragmentos de calcio,
estábamos en nuestros propios cuerpos
(ese cuarto que nos enterrará)
y tú estabas en mi cuerpo
(ese cuarto que nos sobrevivirá)
y al principio te froté
los pies secándolos con una toalla
porque yo era tu esclava
y entonces me llamaste princesa.
¡Princesa!

Oh entonces
me puse de pie en mi piel dorada
y me deshice de los Salmos
y me deshice de la ropa
y tú desataste la brida
y tú desataste las riendas
y yo desabroché los botones,
y deshice los huesos, los equívocos,
las postales de Nueva Inglaterra,
las noches de enero pasadas las diez
y nos erguimos como trigo,
hectárea tras hectárea de oro,
y cosechamos,
cosechamos.

SÓLO UNA VEZ

Sólo una vez supe para qué servía la vida.
En Boston, de repente, lo entendí;
caminé junto al río Charles,
observé las luces mimetizándose,
todas de neón, luces estroboscópicas, abriendo
sus bocas como cantantes de ópera;
conté las estrellas, mis pequeñas defensoras,
mis cicatrices de margarita, y comprendí que paseaba
mi amor
por la orilla verde noche y lloré
vaciando mi corazón hacia los coches del este y lloré
vaciando mi corazón hacia los coches del oeste y llevé
mi verdad sobre un pequeño puente encorvado
y apresuré mi verdad, su encanto, hacia casa
y atesoré estas constantes hasta el amanecer
sólo para descubrir que se habían ido.

NADANDO DESNUDOS

En la parte más al sur de Capri
descubrimos una pequeña gruta
donde no había nadie y
entramos en ella completamente
y dejamos que nuestros cuerpos perdieran toda
su soledad.

Los peces en nosotros
habían escapado por un minuto.
A los peces reales no les importó.
No molestábamos su vida personal.
Con calma nos deslizamos sobre ellos
y bajo ellos, desprendiendo
burbujas de aire, pequeños globos
blancos que flotaban hacia el sol junto a la barca
donde el barquero italiano dormía
con su sombrero tapándole la cara.

Agua tan clara que podrías
leer un libro a través de ella.
Agua tan boyante que podrías
flotar sobre tu codo.
Me tumbé sobre ella como en un diván.
Me tumbé sobre ella exactamente como
la Odalisca Roja de Matisse.
El agua era mi extraña flor.
Uno debe imaginarse a una mujer
sin toga ni pañuelo
sobre un lecho profundo como una tumba.

Las paredes de esa gruta
eran de todos los azules y
tú dijiste, «¡Mira! Tus ojos
son del color del mar. ¡Mira! Tus ojos
son del color del cielo». Y mis ojos
se cerraron como si de repente
estuvieran avergonzados.

CANCIÓN PARA UN CAMISÓN ROJO

No. No rojo del todo,
sino más bien del color de la rosa cuando sangra.
Es un flamenco perdido,
llamado en algún sitio Rosa Schiaparelli
sin querer decir rosa, sino sangre y
esos corazones de canela de tiendas de golosinas.
Se mueve como las capas en los rústicos
pueblos de España. Pareciendo una capa
de fuego y debajo, como un pétalo,
una funda de rosa, limpia como una piedra.

Me refiero a un camisón de dos colores
y de dos capas que flotan desde
los hombros hacia todas partes.
Durante años la polilla las ha anhelado
pero estos colores están unidos por el silencio
y por animales, medio escondidos que observan.
Uno podría pensar en plumas y
no saberlo en absoluto. Uno podría
pensar en putas y no imaginarse
la figura de un cisne. Uno podría
imaginar la tela de una abeja y
tocar su pelo y hacerse a la idea.

La cama está saqueada por tan
dulces visiones. La chica lo está.
La chica se eleva y sale de
su camisón y su color.
Sus alas están atadas a sus hombros como vendas.
Ahora la mariposa es su dueña.
La cubre, a ella y a sus heridas.
No está aterrorizada por
begonias ni por telegramas pero
seguramente esta chica del camisón,
esta formidable criatura alada, no ha visto
cómo la luna flota a través de ella
y entre ella.